porque las hacemos mal; las malas que no hacemos porque las hicieramos si no fuese por la gracia de Dios. Hemos ds humillarnos por lo que fuimos, y por lo que somos, pues no nos mejoramos; y por lo que hicimos, y por lo que hacemos, pues no satisfacemos. Hablando D. Antonio Solis del carácter de Diego Velazquez, émulo y aun enemigo de los echos y gloria de Hernan Cortés, dice: *Su primera ceguedad fué de la desconfianza, vicio que tiene sus temeridades como el miedo; la segunda fué de la ira, que hace á los hombres algo mas que irracionales, pues los deja enemigos de la razon, y la tercera de la envidia, que viene á ser la ira de los pusilánimes.*

Sentencia.

La *sentencia* es una máxima general, un documento directo, moral ó político, independiente de otra proposicion; y bajo de este concepto no tiene lugar señalado en el discurso, como el epifonema, que es tambien sentencia que cierra la oracion por modo de ilacion ó confirmacion de lo dicho antes.

Las sentencias, cuyo fin es instruir con el consejo, ó el desengaño, piden gran pulso para que no sean comunes, ni tampoco afectadas; no triviales, ni tampoco enigmáticas; ni tan finas que pequen en falsas, formando entre lo oscuro y aliñado mas bien ingeniosos emblemas que documentos ilustres y graves, donde la espresion toda debe ser viva y nerviosa, y no floja ni desmayada. ¿Qué gusto ni enseñanza se podrá sacar de estas sentencias vagas, comunes, y triviales, publicadas en libros de algunos autores de la edad

de los políticos moralizantes? Dice uno: *Nada tiene consistencia en el mundo: sobre lo que parece mas seguro puede la instabilidad.*—Otro dice: *Tan corta es la capacidad humana, que sus mismos yerros le son maestros. Mas les debe el hombre, tal vez, que á sus aciertos. Desvanecenle estos, y le enseñan aquellos.*

Deben, sobre todo, ser las sentencias muy importantes, ó nuevas en la sustancia ó en la forma de la frase, y oportunamente aplicadas á las cosas ó personas de que se habla; y colocadas con discrecion y economía, evitando la frecuencia de ellas, que hacen al estilo áspero, pesado, y truncado, como en esta muestra de uno de los escritores del reinado de Carlos II, cuando dice: *El perdon hace violencia al corazon de los hombres, y la crueldad los irrita. Esta, egercitada con uno, escita el odio de mil, y aquel no se obra sin aumentar amigos. Bástele al valor el vencer; entónces se acaba la lid cuando el enemigo se rinde. Igual valor muestra el que perdona que el que resiste. No pase de aqui el valor; que se injuria el que se venga.* Pero como aquí no nos proponemos tratar del estilo sentencioso en general, sino de la sentencia en particular, como figura noble de la elocuencia, se pondrán egemplos varios de varias elegantes formas de presentar el pensamiento con mas ó menos énfasis, que es la sal de su condimento; porque casi siempre llevan envuelto un sentido irónico ó satírico, en bien de las costumbres, que les da gracia como en estas: *En el rico y en el poderoso no se halla otra cosa envidiable sino el privilegio que tienen de disminuir los males de la tierra.*—En otra parte dice un sabio filósofo:

Uno de los artes mas importantes y dificiles es olvidar el mal que hemos aprendido. En ninguno de estos dos egemplos el pensamiento es falso ni trivial, vicio muy comun á los escritores sentenciosos. Cuando la idea principal de la sentencia es notoria y acaso vulgarizada, y el asunto pide su aplicacion; el escritor que no puede inventar el pensamiento, debe inventar la frase, ó ponerle una nueva librea.

Como en la estructura de las sentencias suelen entrar otras figuras de diccion, que forman la hermosura y elegancia de la frase, algunos egemplos escogidos de autores españoles podrán servir á los lectores que aman nuestro idioma de modelos de bien decir; y de instruccion y recreo del ánimo.

Dice el P. Nieremberg: *El primer acto de fortaleza no es hacer, sino padecer; no es padecer mucho, sino sufrirlo. Ningunos mas gloriosos que los que han sufrido muerte honestamente, haciendo de la necesidad y ley de nuestra miseria la mayor hazaña del mundo.* — Otro egemplo: *Cuando andan en ferias las honras públicas, los que tuviesen mas riquezas, no mas merecimientos, las alcanzarán.* — Otro: *Agenos brazos rinden las fortalezas á los principes, venceríse á sí, hecho es del propio corazon.* — Otro: *Hacer injuria, el mas ruin puede, sufrirla, es de ánimo generoso.* — Otro: *Esta suerte es de doler en esta vida, que sean tan pocos sus bienes, que no solo no igualan á los que los codician; pero ni á los que los merecen, con ser tan pocos.* — Otro: *El que da mas de lo que tiene, pasa á ser prodigo, dejando de ser liberal: así el que loa demasiado, se hace lisonjero, dejando de ser afable.* — Otro: *La necesidad no se ha de medir por las cosas, sino por los deseos; y nadie desea mas que quien tiene mas, si deseó lo que tiene, y si no lo deseó, si lo ama.* — Otro: *Nadie tiene mas necesidad que quien desea mas de lo necesario: la codicia hace que se carezca de lo mismo que se posee.*

Del Maestro Fernan Perez de Oliva, escritor de principios del siglo XVI, podremos traer aquí algunos egemplos como estos: *En la alabanza agena no es siempre incorrupto el juicio que se hace de personas vivas; porque el trato y amistad, ó la emulacion y discordia, no suelen ser derecha medida de estas censuras.* — Otro: *Ninguno hay que viva en compañia de los otros hombres, si muchas veces no está solo para contemplar que hará acompañado.* — otro: *A los fuertes es deleite defenderse de los males; porque no son tan grandes los trabajos que se pasan para vencer, como la gloria del vencimiento.*

Dice el P. Roa en el egemplo siguiente esta sentencia: *Grangéase y conservase mejor la amistad de los poderosos con no afectarla; que, sin duda, se cansan mas presto que otros hombres, y á todos hacen en la inconstancia la misma ventaja que en la fortuna.* — Otro: *Rara cosa por cierto guardar templanza y moderacion en la privanza; y dificultoso negocio estar en alto, y no tener resabios de cosas altas.* — Otro: *Los gozos inquietan el corazon; y todo lo que hay en el ánimo de liviano y vacío, luego se levanta con el viento de la prosperidad; y es menester poner freno á la felicidad para regirse en ella bien, y para regirla.* — Otro: *Algunos, así pretenden las honras de la república, como si hubiesen vivido*

honradamente; ó de tal manera viven, como si no hicieran caso de ellas, y juntamente desean los pasatiempos de la ociosidad y los premios de la virtud.—Otro: *El valor y la virtud es lo que, no se da, ni se recibe de los hombres: hija es del propio trabajo.*—Otro: *La virtud nace donde cada uno la siembra y la cultiva: no brota ella de su gana como la mala yerba; apréndese por la educacion y con el egemplo.*

Don Antonio Solis dice en el siguiente egemplo esta sentencia: *No en todas las empresas se debe á las canas la primera seguridad de los aciertos, mas inclinadas al recelo que á la osadía y mejores consejeras de la paciencia que del valor.*—Otro: *Cuando se habla de guerra, suele ser engañosa virtud la prudencia, porque tiene de pasion todo aquello que parece al miedo.*

Antonio Perez ofrece en sus cartas y aforismos gran caudal de sentencias. Sea el primer egemplo la siguiente: *La victoria del amor, en rendir el ánimo y voluntad consiste; que todo lo demas no es sino trofeos y despojos de la victoria; ó si mas cuadráre, posesion de lo vencido.*—Otro: *El si y el no fueron las mas breves palabras; porque sean desengañados presto los hombres, aun de los escasos de ellas.*—Otro: *Ofrecimientos es la moneda que corre en este siglo, hojas por fruto llevan ya los árboles, palabras por obras los hombres.*—Otro: *La confianza señal es de buen natural; de agradecidos algunas veces, de necios muchas.*—Otro: *Las piedades hechas en comun tienen mucho de vanidad como los edificios materiales.*—Otro: *Hombres hay y suelen ser los que mas valen, que, perdidos, son mas estimados que poseidos.*—Otro: *La envidia, bestia insaciable, como tal roe huesos cuando mas no halla.*—Otro: *¡Miserable siglo aquel, en que no se atreven á salir del pellejo los corazones!*

Fr. Don Antonio de Guevara abunda en sus obras varias de muchas sentencias; bien que suelen de ordinario caer en la monotonía del antítesis, que les quita gran parte de su valor, mas sin dañar á la verdad del pensamiento. Léanse, entre otros, estos egemplos escogidos: *No hay hombre en el mundo que no esté mas enamorado de lo que quiere que no de lo que tiene.*—Otro: *La grandeza de corazon no consiste en alcanzar lo que él mucho desea, sino en menospreciar lo que mas ama.*—Otro: *Poco importa blasonar de virtudes con la lengua, si la mano en las obras es perezosa; porque no se llama uno justo porque desea ser bueno, sino porque suda y trabaja por serlo.*—Otro: *Ninguna cosa, en verdad, se puede en este mundo llamar grande sino el corazon que desprecia cosas grandes.*—Otro: *Renegad de la tierra donde los buenos, tienen ocasion de llorar, y los malos libertad de reir.*—Otro: *El consejo antes daña que aprovecha, si el que lo da no tiene mucha cordura, y el que lo recibe mucha paciencia.*—Otro: *La malicia humana así ciega á los hombres, que quieren mas alcanzar lo ageno con trabajo, que gozar con reposo de lo suyo propio.*

No ofrece menos sentencias D. Diego de Saavedra en sus Empresas, todas de grave y concisa locucion, como estas: *La importunidad perdió muchos negocios, y muchos tambien alcanzó: cánsanse los hombres de negar como de conceder.*—Otro: *Nunca peligra mas el poder que en la*

prosperidad, donde, faltando la consideracion, el consejo, y la prudencia, muere á manos de la confianza.—Otro: *Lastimar con verdades sin tiempo ni modo, mas es malicia que celo, mas es atrevimiento que advertencia.*—Otro: *Decir verdades, mas para descubrir el mal gobierno que para su enmienda, es una libertad que parece advertimiento, y es murmuracion; parece celo, y es malicia.*—Otro: *Aun cuando se ve á los ojos la ruina de los Estados, es mejor dejarlos perder que perder la reputacion, porque sin ella no se pueden recuperar.*—Otro: *Yerran los que piensan prolongar la vida dejando su gloria en las estatuas, ó en la sucesion; porque en aquellas es caduca, y en esta agena; y solamente propia la que nace de las obras.*

Concluiremos con algunas sentencias del sabio y elegante Fr. Juan Marquez: *Al que la fortuna pone en la cumbre del poder del primer reventon, le hace un daño irreparable, porque le obliga á vivir descontento toda la vida, cerrándole la puerta á la esperanza, y no cerrándosela al deseo.*—Otra: *Los soberbios no suelen advertir en los que valen mas, por no desengañarse; sino en los que son menos, para engreirse.*—Otra: *Si ser liberal con quien sabe agradecer, es efecto de avaricia; zaherir hoy al prógimo el bien que se le hizo ayer, vicio es sin duda de ánimo esclavo de sus obras.*—Otra: *La valentía enojada llega á ser rabiosa; y la ira es de suyo madre de la liviandad.*

Epifonema.

Esta *figura*, llamada por los latinos aclamacion, es como un corolario ó deduccion senten-

ciosa que sacamos de la proposicion antecedente: ó si se quiere decir de otra manera, viene á ser un epílogo que reduce á una sentencia breve la ilacion de la materia que se trata. Es verdaderamente una reflexion nacida del conocimiento del órden moral, por medio de la cual se junta, en forma de consideracion filosófica y admirativa, el espíritu de una serie de cosas estensamente referidas.

La *aclamacion* se diferencia de la sentencia en cuanto á su estension, al lugar que ocupa, y á la forma con que se presenta: porque debe recogerse en breve espacio, presentar un documento indirecto, y cerrando siempre la oracion ó período, á cuyo testo se aplica, por modo de confirmacion, con accidentes de admiracion, esclamacion, etc.

Sirvan los siguientes egemplos para los varios modos de formar la aclamacion. El Conde de Cervellon en la vida de Alfonso VIII, dice con muy elegante énfasis: *Los príncipes que desean oir verdades, padecen otra adulacion mas, en el aplauso de que las desean; mas tampoco las oyen. Si esto sucede á los que las solicitan ¿qué será á los que las escusan?* Otro escritor nuestro, en su monstruosa obra del Leon prodigioso, hablando de los envidiosos, dice: *Cómense los corazones, y en ellos no tienen mucho que comer: que los de los envidiosos siempre son pequeños; y con todo eso nunca los acaban. ¡Qué harian en los de sus émulos, si tan á mano los tuvieran!*—Leemos en un historiador político este pasage: *Algunos salvages matan á los niños huérfanos para que no perezcan de hambre y miseria: ¡tanto pierde el hombre en no estar civilizado!*

Otro escritor político haciendo el elogio del Emperador Augusto; prosigue: *Todo el mundo sosuzgado no contribuyó tanto á su gloria y á la seguridad de su persona, como el perdon de Cina, y la equidad de sus leyes: ¡cuán preferibles son en el héroe las virtudes sociales al valor!*

Cornelio Tácito nos dice en sus Anales: *Se asegura que Tiberio siempre que salia del Senado esclamaba: ¡O hombres, hechos para la esclavitud! El mismo enemigo de la libertad se cansaba de tan baja servidumbre y paciencia.*— Un célebre orador, hablando del Duque de Sully, perseguido y despues desterrado por sus émulos, dice: *En fin, sus ojos se cansan de ver tantos males; renuncia sus empleos; abandona para siempre la corte retirándose á sus estados. Sale de Paris, y le escoltan mas de trescientos caballeros: este es el triunfo de la virtud que parte para el destierro.*

Para no defraudar á nuestros autores españoles el lugar y aprecio que merece su elocuencia en este lugar; pondremos tambien egemplos de algunos de ellos. El P. Fr. Juan Marquez, hablando de Neron, dice: *Por gran milagro se cuenta de Neron que no soñó en toda la vida; y al cabo le obligaron á soñar las armas de Julio Vindice: ¡tan mal se puede resistir al testimonio de la conciencia!*—El mismo autor habla contra la soberbia y osadia del poder de esta manera: *Los gigantes que tuvo el mundo en sus principios, opresores de la libertad humana, aunque sobrados en fuerzas, se perdieron, como dice Baruh, por falta de sabiduría; porque la valentía desacompañada de consejo viene á tierra por su mismo peso.*—Hablando Antonio Perez de la desgracia de su hija que murió en la cárcel de sentimiento de no poder ver mas á su padre, dice: *Alcanzó de Dios la libertad del cautiverio del cuerpo en que habia sido martirizada desde que nació en prisiones, que es solo sobre lo que tiene poder el poder humano.*—El mismo autor, justificándose del festivo estilo que usaba en algunas de sus cartas por disimular los trabajos de su adversidad, dice: *Para resistir á los golpes de la fortuna, se ha de hacer lo que he oido que vale mucho; corage, y no rendirse; si para vencer no, á lo menos para morir peleando: satisfaccion propia en los trances últimos humanos.*—El P. Roa, hablando de la gloria de los padres en la buena educacion de sus hijos, dice: *Muchos de nuestros mayores, cuando no alcanzaban de la pluma del historiador, ó de la trompa de la fama, la paga de sus merecimientos, contentábanse de ver premiado su valor en sus semejantes; que el premio, de la virtud es, no de la persona.*—El mismo autor, cuando habla de lo desemejantes que suelen ser algunos en hechos virtuosos, añade: *Despues que la ambicion tomó la mano y el lugar á la virtud, el favor al mérito, y la envidia á la emulacion, no gustan de ver el esfuerzo de sus iguales los que temen no se descubra al par de él su cobardía; y en vez de desenterrar hazañas sepultadas en el olvido, entierran las que tienen vida en la memoria, por no hallarse obligados á imitarlas; vicio comun de los que, pagados de si, y de sus cosas, igualmente huyen de ver sus manchas y la hermosura agena.*

D. Antonio Solis, refiriendo los sacrificios de sangre humana que celebraban los Megicanos en

los adoratorios de sus ídolos, prosigue: *Vendianse despues á pedazos aquellas víctimas infelices, y se compraban y apetecian como sagrados manjares: ¡bestialidad abominable en la gula, y peor en la devocion!* — El mismo Solis, para defender á Hernan Cortés de la calumnia de algunos autores estrangeros, envidiosos de las empresas de Nueva-España, que le atribuian la muerte de Motezuma, dice: *Defiendale su entendimiento de semejante absurdo, si no le defendiese la nobleza de su ánimo de tan terrible maldad, y quédese la envidia en su confusion: vicio sin deleite que atormenta cuando se disimula, y desacredita cuando se conoce.* — Hablando el mismo autor de los desórdenes que se introdujeron en las tropas por la codicia, dice: *Estaba tan arraigada en los ánimos la codicia, que solo se trataba de enriquecerse, rompiendo con la conciencia y la reputacion: dos frenos sin cuyas riendas se halla el hombre á solas con la naturaleza.* — El mismo dice, en otro lugar de su historia, hablando de una sedicion: *Los revoltosos se ayudaron de un viejo llamado Juan de Milán, hombre que, sin dejar de ser ignorante, profesaba la astrología: loco de otro género, y locura de otra especie.*

Dice el P. Sigüenza tratando de la pureza y desinteres que requieren las obras de los que quieren aprovechar en el camino de la virtud: *No solo buscamos en las cosas materiales interes de carne y sangre, mas aun en los mismos egercicios de las virtudes se mezcla el amor propio si no se le mira á las manos con el recato: ¡tan delicada es esta estambre que ha de hacer el aposento de Dios!*

Siempre que no hay novedad, interes, ó gran lustre en los epifonemas, se cansa la atencion del lector, y pierde el pensamiento su gravedad y gracia: porque las sentencias comunes, vagas, oscuras, ó frias se dejan á cualquier pedante moralizador, que se fatiga en vanas reflexiones. Oigamos al P. Nieremberg como da gracia y novedad á una sentencia bastante comun y conocida, diciendo: *Es sutileza de la soberbia cubrirse con el manto de la humildad: tan alta es esta virtud, que aun los mas altivos quieren levantarse con ella, y con su sombra ilustrarse.* — Y oigamos luego del P. Mariana, tan sabio y tan grave en su estilo, como cae de espíritu en la sentencia de este vago y ordinario epifonema: *Reinó (D. Alonso VI.) despues de la muerte de su padre cuarenta y tres años. Fué modesto en las cosas prósperas, en las adversas constante. Sufrió fuerte y pacientemente los ímpetus de la fortuna: grande loa, y la mayor de todas, llevar lo que no se puede escusar, y estar apercibido para cualquier acontecimiento.* ¿Qué novedad ni realce da á lo que tiene dicho de aquel príncipe tan vagamente esta no ménos vaga sentencia con que concluye la oracion?

Énfasis.

Es aquella *figura*, en la cual significamos mas con las palabras que lo que ellas declaran en su sentido respectivo cada cual: es á saber, por ellas damos á entender mas de lo que dicen, y tal vez lo que no dicen. Para que el pensamiento sea enfático, deve llevar una espresion sencilla, breve y natural, que encierre muchas cosas en corto

espacio; ó alguna significacion oculta, que no se concibe sino por la aplicacion que le da el oyente ó el lector. Por esto dirémos que la idea enfática es una consecuencia sutilmente deducida de una idea principal, que por su generalidad se estiende á otras.

Un célebre escritor, hablando de la credulidad con que un autor escribe la historia de su pais, dice: *Es un hijo que pinta á su madre:* esto es, la pasion no le deja ver defectos, sino perfecciones y escelencias. — Un orador, encareciendo la indulgencia del Emperador Marco Aurelio con los que habian ofendido su autoridad, dice: *Es que el filósofo siempre perdonó los agravios hechos al príncipe:* qué es lo mismo que decir entónces obraba como filósofo, no queriendo acordarse que era Emperador. — Del famoso Descartes dice otro orador: *Parece que la providencia le condenó á ser hombre grande:* como si dijera á ser objeto de las envidias y contradicciones que en todos tiempos han sufrido los ingenios estraordinarios. — Julio Cesar queriendo animar al barquero que le pasaba de Epíro á Italia, en medio de la tormenta, le dice: *No temas, llevas á Cesar;* esto es al que la fortuna acompaña siempre. — Diciendo una estrangera á la muger de Leonidas: *Solas vosotras mandais á vuestros hombres,* le respondió: *porque solas nosotras parimos varones,* aludiendo á la educacion varonil que se daba en Esparta á las mugeres.

Así como hay espreciones que significan mas de lo que en sí dicen, segun los egemplos que acabamos de citar; hay otros tambien que no significan lo mismo que dicen. Tales son, cuando decimos: *El que no tiene hombre no es hombre;*

esto es el que no tiene valedor no hace fortuna. — *Pedro tiene buenos brazos* por buenos protectores. La divina escritura está llena de egemplos de esta figura cuando habla de Dios, porque siempre se deja entender mas de lo que se dice.

Aquí pertenece el *Noema* (en latin *intellectus*) cuando en las palabras que decimos, dejamos algo que infiera y casi adivine el oyente, aunque con facilidad se entienda lo que queremos significar, y no lo queremos decir; como cuando de un poco devoto decimos; *nadie le ve salir de la iglesia*, esto es, nadie le ve entrar en ella: de uno que es poco aplicado al estudio *nunca se le cae el libro de la mano*, esto es nunca lo toma, y así no se le puede caer: y de un abogado que jamas defendió causas *nunca ha perdido un pleito.* La *Litote* es parte de esta figura, cuando por palabras contrarias significamos diferente predicado, y casi siempre por negaciones, y se colige el sentido afirmativo; como cuando decimos: *no ignorante* por sabio: *no cobarde* por valiente: *no desperdiciador* por económico: *no desprecia los regalos*, por decir que los recibe, etc.

Interrogacion.

La *interrogacion*, como figura retórica, no es una simple pregunta hecha á personas determinadas, para que aquieten nuestras dudas ó satisfagan nuestra ansia ó curiosidad; es una repetida pregunta dirigida á la consideracion, no á la persona de los oyentes ó lectores; y no para arrancarles la respuesta, sino un tácito consentimiento, una interior aprobacion, ó la admiracion de lo que les esponemos.

Esta *figura* envuelve una especie de convenci-

miento disimulado en la pregunta, y presupone la persuacion de los oyentes, pues no se espera de ellos contradiccion ni repugnancia á la firmeza y confianza con que el orador propone y sostiene su pensamiento. No es otra cosa la interrogacion, que una insinuacion, no tanto para llamar, como para captar el ánimo del que oye á fin de dar mas fuerza á la prueba con esta anticipada aceptacion.

Por este respeto se ha de usar esta figura en aquellas cosas tan claras, tan aprobadas, tan convincentes, y tan justificadas, que no se pueda recelar disentimiento, repugnancia, ni aun duda de parte del oyente; ántes en algun modo, como queda dicho, se le presuma inclinado á seguir la proposicion del orador. Y como en esto se viene á lisongear por un modo indirecto el amor propio, ó si mejor suena, la buena opinion que el oyente debe tener de la rectitud de su propio juicio, ó de su respeto á la verdad; sale siempre victoriosa esta *figura*, que da nervios y vigor al razonamiento.

Hablando de la creacion del mundo un naturalista elocuente, pide nuestra admiracion de esta manera: *¿Qué inteligencia sondeará la profundidad de este abismo? ¿Qué pensamiento nos representará el poder que llama las cosas que no son como si fuesen? ¿Admirarémos bastantemente á un Dios que manda que haya luz, y luz hay?*

Despues de haber sostenido un orador que la palma heróica mas se debe á los hombres pacíficos que á los guerreros, lo confirma con egemplos, realzados con la interrogacion. *¿Qué dirémos* (sigue) *de aquellos grandes varones que, por no haber manchado sus manos en la sangre de sus semejantes, se han con mayor razon inmortalizado? ¿Que dirémos del legislador de Esparta que, despues de haber gozado del placer de reinar, tuvo valor para volver el cetro al legítimo heredero que no se lo pedia? ¿Qué dirémos del legislador de Atenas, que supo conservar su libertad y su virtud en la corte misma de los tiranos, y sostener á la faz del mas opulento de ellos que el poderío y las riquezas, no hacen al hombre feliz? ¿Qué dirémos del mayor de los romanos, de aquel modelo de ciudadanos virtuosos? ¿Hariamos tanta injuria al heroismo, que negasemos este título á Caton?*

Otro elocuente escritor, despues de haber referido los desórdenes y males de las guerras civiles de Roma, dice: *¿Cuál era la fuerza civil, cual la ley promulgada, capaz de poner freno á las deprecaciones? ¿Qué autoridad podia tener la sancion de la magistratura y de las leyes, donde todas las voluntades conspiraban al menosprecio y detestacion del órden público? En medio de una ciudad inmensa, depósito de las rapiñas de un imperio universal, ¿las leyes moderadas del sabio Numa podian recobrar su antiguo vigor? podian ser de algun uso? podian prometer bien alguno?* Cuando se eslabonan, por decirlo así, dos ó tres interrogaciones en la conclusion de la oracion ó del período, como en este último egemplo; viene á confirmarse con nueva fuerza el pensamiento del orador, y á doblarse las impresiones en el ánimo del oyiente, á quien con esta frecuente repeticion no se da tiempo al exámen, ni á la suspension, ni á la duda.

Fr. Don Antonio de Guevara pone en boca de Marco Aurelio, escribiendo á Cornelio su amigo,

esta vehemente pintura de los estragos de las guerras, y de la ruina de las costumbres de Roma: *¡ O Roma desdichada! ¿ Dónde estan tus antiguos padres, que te fundaron y honraron? Dónde tantos buenos varones, generosos y virtuosos, que tu criaste? Dónde los que por tu libertad derramaron su sangre? Dónde tus esforzados capitanes, que con tanta vigilancia ampliaron y defendieron tus muros? Dónde tantos filósofos y oradores que con sus consejos te gobernaban?*

Hablando Fr. Luis de Granada de la confusion en que se verán los mortales en el dia del Juicio cuando el Señor les pida cuenta de sus obras en esta vida, prosigue así con una interrogacion sencilla, en la cual se encierran por modo elíptico otras muchas que no se repiten, y la hacen mas amplificada y corriente: *¿ Qué responderán* (dice) *aquí los malos, los burladores de las cosas divinas, los mofadores de la virtud, los menospreciadores de la simplicidad, los que tuvieron mas cuenta con las leyes del mundo que con las de Dios, los que á todas sus voces estuvieron sordos, á todas sus inspiraciones insensibles, á todos sus mandatos rebeldes, y á todos sus beneficios ingratos y duros?*

Otras veces el mismo orador responde en su nombre á la pregunta. Para pintar que toda la prosperidad y gloria de este mundo es breve, porque la felicidad del hombre no puede ser mas larga que su vida; oigamos al profeta Baruch cuando esclama con esta tristísima y vehemente interrogacion: *¿ Dónde están* (dice) *los príncipes de las gentes que tuvieron señorío sobre las bestias de la tierra; que buscaron sus pasatiempos y recreaciones en cazas y correrías, lidiando con las aves del aire, y los que atesoraron montes de plata en que confian los hombres, sin dar fin á sus tesoros, los cuales labraron tantas y tan ricas vagillas de oro y plata, que no hay quien acabe de contar las invenciones de sus obras? Qué se hicieron todos estos? en qué pararon? Ya estan fuera de sus palacios, y á los abismos descendieron, y otros en su lugar se levantaron.* Prosigue y amplifica esta interrogacion Fr. Luis de Granada avivándola con egemplos y recuerdos no ménos melancólicos y magníficos, diciendo: *¿ Qué es del sabio? qué es del letrado? dónde está el escudriñador de los secretos de la naturaleza? Qué se hizo la gloria de Salomon? Dónde está el poderoso Alejandro, y el glorioso Asuero? Dónde estan los famosos Césares de Roma? Dónde los otros príncipes y reyes de la tierra? Qué les aprovechó su vana gloria, el poder del mundo, los muchos servidores, las falsas riquezas, las huestes de sus egércitos, la muchedumbre de sus truhanes, y las compañías de mentirosos y lisongeros que les cercaban? Todo esto fué sombra, todo sueño, todo felicidad que pasó en un momento.*

Obtestacion.

Esta *figura*, que por su vehemencia pertenece al género sublime y patético, se comete cuando el orador llama ó pone por testigos de los casos que refiere, ó de la verdad que sostiene, á Dios, á los hombres, á los cielos, á las criaturas, á la naturaleza, etc. De esta manera habla Ciceron en la defensa del P. Sestio: *¡ Tú, patria! vosotros, penantes y patrios dioses! á todos llamo por testigos de que si yo evité el combate, y reservé*

mi vida, fue solo por la defensa de vuestros tronos y de vuestros templos, y por la salud de la patria que siempre antepuse á la mia propia.

El mismo Ciceron, en defensa de Milon, para esforzar que la muerte de Clodio fué un justo castigo del cielo enojado contra sus impiedades, prosigue así: *¡ Yo os conjuro é imploro, túmulos del Alba que Clodio profanó; venerables bosques que ha destruido; Sagrados altares, vinculo de nuestra union, tan antiguo como la misma Roma, sobre cuyas ruinas la impia mano que os demolió ha levantado estos enormes edificios! Vuestra religion violada, vuestro culto destruido, vuestros misterios profanados, vuestros dioses ultrajados han hecho al fin brillar su poder, y su venganza.*

Demóstenes, despues de la batalla de Queronea, pretende justificar su conducta, y alentar á los atenienses, intimidados y abatidos por esta derrota, diciéndoles: *No, compañeros, no; vosotros no habeis faltado: júrolo por los manes de aquellos grandes varones que pelearon por la misma causa en los llanos de Maraton, en Salamina, y delante de Platéa.* En vez de decir que el egemplo de aquellos ilustres muertos justificaba su conducta, empieza por una *conduplicacion*, y lo confirma con una patética *obtestacion.*

Reticencia.

Se comete esta figura cuando comenzamas á decir alguna cosa, y truncando la frase de industria, nos dejamos la razon por concluir, porque decimos mas con lo que callamos que con las palabras; á lo ménos damos á entenderlo así; porque

con este corte se deja á la capacidad del oyiente la licencia de suplir lo que falta, ó de interpretar el silencio.

Esta figura es enfática y supone, ó mucha modestia en el que habla, ó una fuerte pasion. Esta por su profundidad estrecha el corazon, y ataja las palabras, y del mismo modo la modestia deja tácita la esprecion y disimulado el concepto.

Traigamos á la memoria y á nuestra consideracion aquellas palabras y lágrimas del Salvador el cual, viendo la miserable ciudad de Jerusalen, comensó á llorar sobre ella, diciendola por San Lucas *¡ Si conocieses ahora tú la paz y los bienes que en este dia tuyo te venian! — Mas todo esto está ahora escondido de tus ojos....* Estas últimas palabras así breves y no acabadas, tanto mas significaban cuanto mas se cortaba la declaracion del pensamiento por las que debian seguir. En esta reticencia se encerraba la lástima de la ignorancia de aquel pueblo que, escandalizado con el humilde hábito y apariencia del Señor, no le habia de recibir; y como por esta culpa no solo habia de perder las riquezas y gracia de su visitacion, sino tambien su república y su ciudad.

Oigamos lo que dice David en uno de los Salmos: *Mi alma se ha turbado en gran manera. Mas, tú, Señor ¿ hasta cuando....?* Ciceron dice tambien: *Yo no vengo á combatir contra tí, porque el pueblo romano.... No quiero hablar; no quiero ser tenido por arrogante.*

Un hombre, vacilante entre acusar á su ofensor, ó guardar silencio, se pregunta á sí mismo. *¿ Callaré mi afrenta, ó publicaré....? Si la callo, será premiado el vicio; si digo.... Aprendamos á*

sufrir. —Cierto orador, para infundir temor y arrepentimiento á su auditorio, así prorumpe: *Nos desamparas.... Señor! Aqui postrados.... Yo me confundo.... Tuyos somos.*

Antonio Perez dando al Rey Enrique IV. la enhorabuena por la victoria de Amiens, le escribe: *Viva V. M. mil años, que asi recrea los ánimos de los suyos con los efectos de su valor. El parabien de estos no se ha de dar á V. M.; que es dárselo de obra propia suya, sino á los suyos, á sus reinos, á la Europa.... á mas iba á decir; pero adelante, Sire, que con esta V. M. lo dirá con sus obras.*

Es figura acomodada para la increpacion, la amenaza, la queja, la imprecacion, la admiracion, la indignacion, ect.; como se lee muy frecuentemente en los autores satíricos, en los cómicos, y trágicos, y se verá mas adelante en los egemplos de las respectivas figuras apasionadas.

Licencia.

Esta *figura* se comete, cuando asegurados de nuestra justicia y confiados en el poder de nuestras razones, nos arrogamos con cierto artificioso temperamento, y otras veces pedimos, la libertad de decir con entereza y claridad la verdad ó la importancia de una cosa que puede desagradar ú ofender á las personas que nos oyen. Cuando los oradores gobernaban los ánimos en las repúblicas, era muy usada esta *figura;* hoy su oficio está reservado al púlpito, donde la santa voz de la verdad truena sin respetos humanos.

De esta manera habla Ciceron en la Filipica III: *Vosotros, padres conscriptos, es cosa dura de pronunciarlo, mas me veo obligado á decirlo, vosotros, digo, disteis la muerte á Servio Sulpicio.* Otro elocuente escritor en el elogio del primer magistrado de la nacion, dice: *El carácter de la verdadera grandeza es la sencillez: oso decirlo así á este siglo fastuoso, porque la voz de una generacion que pasa hoy, y mañana no será, no debe ahogar la de la verdad, que es eterna.*

Para referir el P. Mariana los estragos de la guerra, que comenzó entre el Rey Don Pedro de Castilla y el de Aragon, escandalizado de tantos horrores, pide se le conceda licencia á su pluma para contarlos: *Una guerra entre dos reinos, y aun de muchas maneras trabados con deudo, contará este libro; guerra cruel, implacable, y sangrienta. Pónenos horror la memoria de tan graves males como padecimos: entorpécese la pluma, y no se atreve ni acierta á dar principio al cuento de las cosas que adelante sucedieron: embázame la mucha sangre que sin propósito se derramó por estos tiempos: Dése perdon y licencia á esta narracion: concédasele que sin pesadumbre se lea.*

Aquí pertenece otra figura llamada *permision,* que se debe considerar como apéndice de la *licencia;* y es cuando permitimos que se haga lo que ménos queremos, ó cuando prestamos nuestro consentimiento, aunque sea sin voluntad, á que alguno haga una cosa de que le ha de suceder mal, para que se desengañe, ó escarmiente. Como en el primer caso lo que dijo Dido á Eneas: *I, sequere italiam ventis, pete regna per undas:* y en el segundo, como aquello: *Busca los vicios, busca los honores, busca las riquezas, y hallarás lo que no pensabas.*

Preterricion.

Es esta *figura*, que tambien se llama *pretermision*, un delicado artificio, por el cual, fingiendo que queremos callar lo que sabemos, ó bien que no sabemos, ó que no podemos decir todo lo que podemos; decimos todo lo que deseabamos, y aun mucho mas, captando con esta simulada industria la atencion del lector ó del oyente.

Oigamos á Ciceron contra Verres, cuando, dice: *Nada diré de su lujuria, nada de su insolencia, nada de sus maldades y torpezas; solo hablaré de sus usuras y concusiones.* —Un elocuente historiador, despues de haber hablado de Catilina y de Cromwell, como de los insignes malvados, prosigue inmediatamente: *Tampoco haré una reseña de aquellos gerreros funestos, terror y azote del género humano; de aquellos hombres sedientos de sangre y de conquistas, cuyos nombres no pueden pronunciar sin horror la prosperidad aun espantada; quiero decir, los Tótilas y los Tamerlanes.*

Un célebre orador en el elogio del padre de la filosofía moderna, empieza asi una transicion: *Yo no alabaré á Descartes de haber sido enemigo de los manejos y de la ambicion; tampoco le alabaré de haber sido frugal; templado, benéfico, pobre y generoso juntamente, y sencillo como lo son todos los hombres grandes.*

Correccion.

Es esta *figura* un temperamento y moderacion de lo dicho ántes, y es como enmendacion de la sentencia. Con ella corregimos ó retractamos una

proposicion con otra siguiente que la mejora, ó la realza, ó la rebaja, ó la suaviza, ó cohonesta; y algunas veces reprendiéndonos nuestra ignorancia, nuestra imprudencia, nuestra ligereza, y tambien nuestra demasiada modestia y moderacion.

Dice Ciceron en la oracion en favor de L. Murena: *Cuando todas estas cosas, ciudadanos; ciudadanos, digo, si son dignos de tal titulo unos hombres que asi piensan de su misma patria.* —Dice con no menor ocasion un historiador elocuente: *La codicia y el cebo de la predominacion, siempre se han disputado el cetro; digamos mejor; el yugo de las naciones.* —dice otro, hablando de la conducta de un General: *Intrépido y constante guerrero; mal digo; temerario y obstinado te llamará la posteridad.* —Un orador moderno en alabanza de Descartes, dice: *¿Qué honores le tributaron en vida? qué estatuas le levanto la patria? ¡qué hablamos de honores y de estatuas! ¿olvidamos que tratamos de un hombre grande? Hablemos mas bien de persecuciones, de envidias y calumnias.*

Hay otros modos de correcciones que enmiendan la proposicion con una forma de decir mas apartada y escondida de la estructura ordinaria, y dejan mas desembarazada la oracion, como se mostrará en algunos egemplos de autores españoles. Sea el primero Antonio Perez, cuando dice: *Los cargos y oficios no son sino vestidos, y arreos de la persona, ó sean jaeces; que tales son para algunos.* El mismo autor se disculpa de haber puesto un letrero á un retrato suyo que enviaba á un amigo: *Puse la letra al retrato, porque no me satisfacen cuerpos muertos, ni aun pintados: no porque estoy para tratar con otros,*